

CAPÍTULO III

DE LA HOMILIA

I

Idea de la homilia.

Por homilia (1) entendemos: «una oración en la que se explica un pasaje más ó menos largo de la Sagrada Escritura, que podrá tomarse del Evangelio ó Epístola de la misa (2).»

La homilia significa generalmente, según explica San Agustín, un discurso familiar, como el que hace un maestro á sus discípulos. Este género de instrucción es el más antiguo de que se ha valido el sacerdocio para difundir la luz del Evangelio. En los primeros siglos, el lector leía al principio de las ceremonias y durante cierto tiempo las Sagradas Escrituras; acto seguido el obispo tomaba la palabra, comentaba la lectura que acababa de hacerse, deduciendo instrucciones prácticas, acompañadas de pormenores de costumbres, llenos de interés y de elocuentes rasgos contra los vicios de la época. Unas veces era suficiente un solo versículo, otras se agrupaban varios, según que las verdades contenidas en ellos requerían más ó menos explicación. Por lo común, se observa un orden riguroso en

(1) Voz griega, que significa coloquio ó conversación.

(2) Cuando la homilia tiene por objeto explicar el símbolo, el decálogo ó las oraciones de la Iglesia, toma el nombre de glosa.

semejantes instrucciones, volviendo á tratar siempre el punto que había quedado pendiente el día anterior, y no dejando parte de un libro de la Sagrada Escritura sin haberlo explicado con gran minuciosidad.

Este género de instrucción era preferido por exigir menos trabajo, y porque la composición de los sermones hubiera sido incompatible con el laborioso ministerio de los primeros obispos. Aun cuando sea necesario menos preparación para la homilia que para un discurso elevado, no obstante, es indispensable siempre detenerse en su composición, á no condenarse voluntariamente á predicar homilias frías, lánguidas é infructuosas (1).

En la explicación del sentido literal, es menester declarar el tiempo y demás circunstancias de los hechos ó máximas que contiene el texto, los usos de la antigua ley y toda palabra que presente alguna obscuridad. Si el texto se acomoda pueden unirse reflexiones dogmáticas, rara vez consideraciones físicas, pero nunca discusiones críticas, á menos que nazcan del asunto ó sean útiles á los oyentes.

Para la explicación del sentido moral y espiritual deben elegirse las consideraciones más sencillas y naturales, más piadosas y acomodadas á las necesidades actuales, evitando las interpretaciones forzadas y las alegorías tomadas muy de lejos.

Respecto de las exhortaciones análogas al asunto, deben ser vivas, fuertes, patéticas, acompañadas de afectos é impulsos piadosos.

Las homilias pueden ser de dos clases: simples y oratorias, de las cuales hablaremos en los artículos siguientes.

(1) Si la homilia se presenta bajo otras formas, pierde su carácter de tal y se asemeja más á la plática.

II

De la homilía simple.

La homilía simple suele unas veces exponer frase por frase los versículos de los Libros Sagrados, y otras distribuir el discurso en dos partes, explicando en la primera con alguna detención el punto elegido del texto sagrado, y en la segunda se saca la moralidad, sin establecer en ninguno de estos casos proposición alguna.

El primer método es á propósito para atacar muchos vicios é inculcar muchas virtudes; pero en cambio, casi siempre tiene el inconveniente de faltar á la unidad y de no permitir el suficiente desarrollo de ninguna idea. El segundo, familiar á San Juan Crisóstomo, suele ser de admirables resultados.

La homilía simple consta de *exordio*, *exposición* y *conclusión*. El *exordio* se toma del mismo texto que se va á exponer, ó del fin que el predicador se proponga al exponerlo, refiriendo el sagrado texto con una brevedad, dice Fray Luis de Granada, que no carezca la narración de hermosura y elegancia y sea como su paráfrasis. Si fuese demasiado extenso el texto, puede extractarse, para que el exordio no resulte demasiado largo. El fin que se indica se parece mucho á la proposición.

Hecha la invitación al auditorio y súplica á la Santísima Virgen, se comienza la exposición del Evangelio, antes de la que no será fuera de propósito principiar con alguna sentencia ó lugar común que cuadre al intento y detenerse un poco en ella. En orden á la *exposición*, ha de observarse que el texto sagrado sea

interpretado conforme á la doctrina y sentir de los SS. Padres y expositores católicos; que sea comentado con testimonios de éstos y alguno de la Sagrada Escritura; que se guarde proporción debida en la exposición de los diversos versículos y arreglada al tiempo que haya de emplearse en la homilía; que se expliquen las cosas difíciles de entender, adaptándolas á la inteligencia del pueblo; que se refute alguna falsa exposición del sagrado texto; que se deduzcan las reflexiones morales más oportunas, y, por último, que el predicador se muestre hábil en las transiciones de uno á otro punto, haciendo que sean naturales, pues guardando enlace unas materias con otras, lejos de aparecer tantos sermones distintos como sean los versículos explicados, se presentará la homilía como un cuerpo compacto de doctrina. Por lo demás, su composición es sencillísima y de gran facilidad para el que tenga una mediana erudición.

La homilía se ha de avivar con figuras y con afectos; pero en la de que ahora nos ocupamos no tienen lugar largas amplificaciones, y menos aún las digresiones, porque no se podría continuar la exposición del texto sagrado y ya no sería homilía simple, sino sermón ú homilía oratoria.

La *conclusión* deberá ser exhortativa. Inspírenla las necesidades de los fieles, las angustias de los tiempos, las calamidades que amenazan ú otras circunstancias parecidas, y debe sacarse de todo el texto sagrado ó de alguna sentencia.

III

Homilía oratoria.

La homilía simple abraza y va comentando uno tras otro los diversos textos de la Sagrada Escritura; la ora-

toría se apodera de un solo lugar ó reduce todo el pasaje que se propone exponer á dos ó tres puntos. Ambas exponen la Escritura; pero la homilía oratoria condensa el pensamiento mucho más; penetra íntimamente el texto que lleva por cabeza; formula una proposición, admite largas amplificaciones y se vale de los varios sentidos que tiene la Escritura.

Esto no quiere decir que se haya de citar un solo pasaje, sino que en uno sólo se concentre la idea fundamental del discurso, siendo muy conveniente y de felices resultados esclarecer, confirmar y amplificar el texto de la homilía con otros pasajes, que se hallarán sin duda en los mismos Libros Sagrados (1).

Después de haber expuesto ligeramente las distintas maneras de preparar una homilía, debiéramos proponer cuál sea entre estos diversos modos el mejor y más provechoso; pero no juzgándonos suficientemente autorizados para fallar en materia tan importante, véase lo que el V. Granada escribía en ocasión casi idéntica: «Aunque no soy yo tal que pueda arrogarme este juicio, no obstante, insinuaré brevemente mi sentir, según lo que alcanzo. No apruebo á los que siguen tan solamente una forma de predicar; de suerte que lo que una vez hacen, juzgan que siempre se ha de hacer. Parece, pues, más conveniente que usemos, ya de este, ya de aquel género de predicar, según lo pida la naturaleza y dignidad de los asuntos, ó también la utilidad ó necesidad de los oyentes. Con todo, me parece que el modo más acomodado es aquel que declara la letra del Evangelio y va después siguiendo uno ú otro argumento, modo que veo haber gustado á aquel consumado predi-

(1) Para la homilía oratoria debe elegirse algún capítulo de la Escritura en el que se desarrolle un pensamiento principal, como el xi de San Mateo, para mostrar que «los incrédulos no tienen excusa alguna»; y el capítulo vii de la primera á los de Corinto, para justificar la doctrina de la Iglesia «sobre la virginidad», etc.

cador San Juan Crisóstomo. Podrá, pues, usarse de éste con más frecuencia; y de los demás, conforme á la naturaleza y condición de los asuntos, y según fuere la elocuencia y capacidad del orador. Porque no á todos los ingenios, ni tampoco á todos los asuntos, vienen bien unas mismas cosas.»

Si se consideran los progresos de la impiedad, parece conveniente y hasta necesario que la homilía, á la vez que una exposición moral, sea una apología de las verdades de la religión. Blessich, italiano poco conocido, pero enérgico en la defensa de la doctrina católica, sostiene que es conveniente en las actuales circunstancias dar á las homilías un carácter apologético. Por este carácter empiezan á conocerse las suyas. También el Padre Ventura de Raúlca hizo lo mismo en muchas homilías.